

LA VUELTA DE LOS DÍAS



QUÉ HACEMOS CON LOS POBRES

JULIETA CAMPOS

Entrevista con Javier Aranda Luna y Aurelio Asiain



El origen de estas páginas es la transcripción de una entrevista radiofónica que se transmitió en el programa "Vuelta al aire", de la estación XEQ. El libro de Julieta Campos, entonces recién aparecido, sigue teniendo oportunidad.

AURELIO ASIAIN: *Qué hacemos con los pobres* es un libro cuyo asunto te preocupa particularmente.

JULIETA CAMPOS: No sólo a mí; cada día nos preocupa más a todos los mexicanos. El asunto central de nuestro tiempo es el de la enorme pobreza del país y las opciones reales que pudieran empezar a revertirla.

JAVIER ARANDA: ¿Cómo concebiste el libro, cómo se fue armando?

J.C.: El libro surgió al terminar mi periodo de estancia en Tabasco; mi esposo fue gobernador de ese estado entre 1983 y 1987 y yo trabajé directamente con los más marginados: los chontales de las zonas bajas y los zoques y choles de la sierra. Durante aquella experiencia, tan intensa, fuimos elaborando un modelo de desarrollo que se probó en la práctica. Un modelo de desarrollo desde abajo, de autosuficiencia en las pequeñas comunidades. Me pareció tan importante la experiencia que, al volver a la

ciudad de México y no tener ya la posibilidad de seguir actuando en ese combate directo a la pobreza, tuve la necesidad de articular mi vivencia de otra manera. Quise escribir un testimonio, pero no quedó en *Qué hacemos con los pobres*, sino en otro libro que pronto va a aparecer. Es una descripción minuciosa de todo aquel trabajo que se hizo, con participación de la gente, en comunidades rurales, de la democracia municipal, de cómo se puede implantar un modelo verdaderamente participativo y centrado en las necesidades básicas de las personas reales. Se iba a llamar *Un jaguar despertado*, evocando un verso de Carlos Pellicer que habla de un Tabasco nuevo. Yo sentí que algo se había despertado con la notable circulación de energía que se movilizó, estimulada por una voluntad política que creía en el desarrollo desde abajo y en la democracia. Voluntad política que en aquel momento existía en el estado. Ese fue el origen de *Qué hacemos con los pobres*. Cuando terminé una primera versión de aquel librito fui a Europa y tuve la oportunidad de vivir, poco más de un año, en medio de la prosperidad y la abundancia que reinaban en España. En aquel momento era notorio

el triunfalismo de todo aquel modelo neoliberal aplicado en los últimos años, cuando parecía que la prosperidad sería eterna. El enorme contraste entre aquella aparente prosperidad de Europa y la situación de penuria de los campesinos del sur de México que yo traía en la memoria me sugirió la idea de escribir otro libro para explorar históricamente la situación de la pobreza.

A.A.: *Qué hacemos con los pobres* es un libro lleno de otras voces, de citas de la discusión política pública del sexenio anterior, de manera que los argumentos están como hechos por mucha gente. ¿Cómo fue el proceso de la escritura del libro?

J.C.: El libro tiene la secuencia de la exploración que hice del tema. El primer capítulo está dedicado a los problemas de la globalización, a la asimetría del mundo, entre un norte próspero con abundancia y un sur empobrecido. Aclaro que esa abundancia cada vez es más restringida porque la política de globalización de la producción ha provocado que muchísimas fábricas del norte se estén reubicando en el sur, con la consecuente pérdida de empleos y la disminución del nivel de vida en los países ricos. Ese

primer capítulo me sirvió para adentrarme en la situación de México a través de la historia. Me planteo, por ejemplo, qué pasaba en el México prehispánico, en aquel sistema cerrado, y cómo la conquista fue la primer inserción en la economía mundial del territorio mexicano. Veo cómo en la Colonia los pueblos fueron despojados de sus tierras por conquistadores y colonizadores a pesar de la corona española, que procuró proteger a los indígenas. Ese fue el origen de la grave pobreza mexicana.

A.A.: En el libro dices más bien que la entrada de la cultura europea en México lo que hizo fue convertir la pobreza en miseria.

J.C.: Antes de la llegada de los españoles a ese orden cerrado existía un vínculo con lo sagrado que tenía que ver con la producción, con la tierra. Aunque había una desigualdad importante, por un lado estaba el *tlatoani* y los *tlatoque* —los señores— y por otro los *mazehuales*, estos últimos vivían una vida frugal pero tenían asegurado el acceso a la tierra que les daba el sustento, el maíz, con dignidad. Tenían acceso a ciertos satisfactores como la educación, que estaba extendida a todos los niveles de la población, y había un sistema que garantizaba la salud y las necesidades básicas de la gente. Con los conquistadores se desintegra ese orden tradicional.

A.A.: A partir de entonces ¿la pobreza ha disminuido o ha aumentado?

J.C.: Ha tenido diversas modalidades. Desde los borbones hubo intentos modernizadores. Los liberales del siglo XIX también procuraron insertar al país con mucha rapidez en un mundo próspero; quisieron que México se pareciera a los EE.U.U., que fuera una nación de la abundancia. Pero las leyes de amortización de tierras afectaron tanto a las comunidades eclesásticas como a las indígenas. Poco después, en el porfiriato, se dio otra

modernización en el mismo sentido, con las leyes de deslinde de terrenos baldíos, que también despojaron de tierras a los pueblos indígenas. De modo que cuando la Revolución Mexicana se inició, en 1910, había un enorme memorial de agravios a las comunidades, que habían ido perdiendo sus tierras y que prácticamente ya no tenían ninguna. La Revolución cambió las cosas en apariencia o para unos cuantos, pero los problemas fundamentales de las mayorías no se transformaron tanto como hubiera podido esperarse. Fue así porque en la Revolución coincidieron dos proyectos: el de Zapata, que era una utopía del regreso a los orígenes, a la recuperación de los valores y las aspiraciones de los pueblos que querían autonomía, y el proyecto modernizador de los caudillos sonorenses que vino del norte con Obregón, con Calles, con Carranza. Ese proyecto fue el que triunfó. Luego vino en los años 30 el gobierno de Lázaro Cárdenas, que procuró conciliar los dos proyectos: el de las necesidades de modernización del país y el proyecto de los campesinos. Cárdenas trató de reconciliar a esos dos Méxicos.

J.A.L.: Pero también creó las bases del corporativismo que nos sigue afectando.

J.C.: Fue, quizá, la gran contradicción de ese periodo. Para conciliar modernidad y tradición en un momento sumamente difícil (se acababa de salir de la lucha armada y había facciones numerosas de caudillos) parecía que lo indispensable era unificar, crear un estado muy fuerte que pudiera tener el control corporativo de los obreros, de los campesinos y de las clases empresariales. Entonces se estableció el sistema político mexicano, que fue eminentemente corporativo, de encuadramiento de todas las fuerzas del país en grandes sectores. Con autoritarismo, este modelo funcionó durante varias décadas. En aquel momento Cárdenas pro-

bablemente pensó que podía lograrse la democracia a través de ese sistema corporativo si se le fijaba, como meta, la satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías. En esa medida no fue, quizá, una democracia política pura, pero sí una democracia social que funcionó durante algunos años. Pero cuando terminó el sexenio cambiaron las cosas y a partir de 1940 empezó una industrialización acelerada. El milagro mexicano fue todo un proceso para insertar al país en la modernidad, a expensas del México tradicional. La industrialización se hizo con una enorme transferencia de recursos del campo mexicano a la industria y a las zonas urbanas. Las ciudades prosperaron, se crearon enclaves modernos, sobre todo la ciudad de México, que empezó a desmesurarse, a expensas del resto del país. Se privilegió el afán de crecimiento por encima del desarrollo humano, con satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías rurales.

A.A.: Esa contradicción del cardenismo, ¿no es más bien la de toda la historia moderna de México? Hay una voluntad democrática o de justicia impuesta a través de métodos autoritarios: tú citas, por ejemplo, a Jorge Alcocer, que dice que el problema de la estrategia económica del salinismo fue que requiera un sistema político altamente centralizado. Es un poco lo que acabas de decir de Cárdenas.

J.C.: La tragedia constante del país ha sido que la inercia autoritaria ha funcionado como una fatalidad histórica. Probablemente viene desde tiempos remotos porque, en alguna medida, se puede hablar de ese autoritarismo centralizado en el mundo prehispánico: los aztecas lograron, a través de ello, una especie de imperio con características muy peculiares, porque había una gran multiplicidad de culturas que conservaban sus características y ciertas posibilidades de desarrollarse a su manera. La tendencia al poder

piramidal, a concentrar toda la vida nacional en la voluntad de un hombre ha prevalecido a lo largo de toda la historia de México.

J.A.L.: Es difícil romper la inercia.

J.C.: No, yo pienso que la sociedad civil está empezando a hacerlo. Es la única salida para el país, aunque es un proceso lento. Romper esa inercia significa el acceso a una modernidad verdaderamente democrática. Eso permitiría la reconciliación entre el país tradicional y el moderno. Para que el México de hoy sea viable, se pueda abrir realmente hacia el futuro y se pueda insertar, en serio, en la globalización, es necesario empezar por un desarrollo sustentable desde abajo, con los recursos con que realmente contamos, y olvidarse de los milagros. Tenemos que hacer una profesión de fe, realismo, poner los pies en la tierra, entender que no somos del primer mundo y que no vamos a dar el salto por ningún *fast track*. Dar solución a los rezagos ancestrales, que son enormes, no se puede en seis años. Pero lo fundamental es empezar, ya, con una idea muy clara de hacia dónde tiene que marchar un desarrollo que tienda a reorientar todas las metas del país hacia el bienestar de la mayoría de los mexicanos.

J.A.L.: Decías que ves signos o señales de que ese cambio es posible.

J.C.: Veo que la sociedad civil es cada vez más activa; se nota por todos lados. Desde la década pasada han surgido numerosas organizaciones ciudadanas, ONG por ejemplo, que defienden los derechos humanos y buscan la democracia; nacen proyectos de desarrollo comunitario autogestivo con la participación directa de la gente. Existen miles de organizaciones de esa naturaleza a lo largo y ancho del país: ahí está la gran semilla de la futura democracia mexicana.

J.A.L.: Me llama la atención que esas organizaciones se formen

para atacar problemas muy concretos.

J.C.: Efectivamente, así han ido surgiendo; buscan pequeñas soluciones, locales. Quizá el camino hacia la solución de los grandes problemas globales sea la suma de todas estas pequeñas soluciones, eso propiciaría un desarrollo desde abajo. Será necesario que todo este gran esfuerzo, que ya existe, empiece a coordinarse un poco, empiece a enlazarse, de modo que toda esa energía ahora un poco dispersa se convierta en una voz tan fuerte, tan imposible de callar, que acabe por imponer la democracia sobre la inercia autoritaria.

A.A.: Un pequeño paréntesis. Al principio decía que tu libro está lleno de voces, y acabas de mencionar un tema de Octavio Paz, el de la reconciliación; un tema de Gabriel Zaid, el de la crítica al milagro; un tema de Enrique Krauze, el de la solución democrática; un tema de Carlos Monsiváis, el de la sociedad civil.

J.C.: Estos temas están en el aire. Cada uno de los escritores que mencionaste han enfocado las cosas, probablemente, desde un punto de vista distinto; ha resaltado más un asunto que los otros, pero todos estamos de acuerdo en lo fundamental: en la necesidad de encontrar y debatir un nuevo proyecto nacional acorde con la realidad mexicana. Un proyecto que reconcilie todos los tiempos de México.

A.A.: ¿No crees que tu libro, más que una crítica económica o política plantea una crítica cultural, la de que una parte de México no ha sabido ver a la otra?

J.C.: Exactamente: mientras sigamos siendo ciegos a la otra mitad de México no vamos a poder ser un país viable.

A.A.: En alguna entrevista dijiste cómo te encontraste con el fenómeno de la pobreza al ir a Tabasco. ¿No crees que hay en gran parte de la élite una especie de inconsciencia de lo que es realmente la

pobreza, pese a que tengan las cifras delante de los ojos, y ese también sería un problema de fondo?

J.C.: El hambre no es sólo cuestión de cifras. Sin embargo, es fundamental buscar la información confiable y no quedarse con las cifras que se manejan en los discursos, que a veces no son nada reales. Cuando fui a Tabasco me topé con la vivencia inmediata de la pobreza. Yo no era una persona especializada en ese tema, era una escritora de novelas y ensayos literarios, como tú sabes. Lo que me llamó la atención al adentrarme en el problema es que los que toman las decisiones, a veces parece como si no tuviera acceso a la información o, como si, a pesar de ello, consideraran que tienen todas las respuestas, basándose en fórmulas venidas de otros ámbitos y poco aplicables a los nuestros. Eso nos ha llevado a crisis tan graves como la que estalló en diciembre de 1994.

A.A.: ¿Cuáles serían las soluciones concretas, a partir de tu experiencia en Tabasco?

J.C.: La pobreza en el campo es la más grave del país. La pobreza urbana no es más que un reflejo de la rural: la gente viene a las ciudades porque no tiene modo de hacer producir su tierra, pues se le ha desintegrado su economía tradicional. Atacar a fondo el problema en el campo sería el principio para combatir en serio la pobreza. Pero tendría que haber una política integral: no es posible pensar que se está combatiendo la pobreza haciendo una pequeña obra de drenaje por aquí, otra de agua potable por allá y llevando electricidad acullá. Esas son soluciones fragmentarias, generalmente discrecionales, hechas con criterios que no atienden muchas veces las necesidades reales de los más pobres. Ocurre con muchos de los programas asistenciales armados desde arriba; pasó, por ejemplo, con el programa de Solidaridad. Hay que cambiar los criterios con los cuales

se combate la pobreza, no puede ser a través de programas fragmentarios, residuales, minimalistas. Tiene que ser a través de una gran política de reforma a la salud y a la educación, que garantice que sean de calidad y que lleguen de verdad a los más pobres. Yo creo que hay que empezar por reactivar la capacidad productiva y la autosuficiencia de las comunidades rurales. En los últimos años se han hecho muchas propuestas para combatir la pobreza. Creo que en todas hay algo válido que habría que aprovechar. En el capítulo 11 de mi libro recojo todas esas propuestas elaboradas por analistas que se han puesto a pensar el problema y que ofrecen opciones para solucionarlo. Habría que incorporar lo mejor de cada una de ellas en una amplia política social, que estuvieran en el centro del proyecto del desarrollo del país.

J.A.L.: Esto no significa aislarse del resto del mundo.

J.C.: No, en esta época es totalmente imposible. No podemos aislarnos.

J.A.L.: Es plantearse un desarrollo económico con sentido social.

J.C.: Hacer realmente viable la estabilidad, porque mientras tratemos de construirla sobre presump-

tos falsos, sobre espejismos, no será posible. Para lograr la estabilidad y la inserción en la red global no hay otro camino que la democracia.

A.A.: Tengo una duda: dices que la pobreza en el campo es el origen de la pobreza en las ciudades pero ¿qué hacemos con las ciudades? Gabriel Zaid escribió en algún momento que la ciudad de México era una ciudad subsidiada.

J.C.: La ciudad de México es muchas ciudades: la de las colonias prósperas, donde se tienen todos los servicios, todos los satisfactores subsidiados, y las de la periferia, donde vive la gente hacinada, sin luz, agua, drenaje ni otros servicios. A esa periferia paupérrima llega la gente del campo. La pobreza de la ciudad también es gravísima, pero yo creo que si empezamos a resolver en serio el enorme problema de la pobreza rural mucha gente que habita en las periferias de las grandes ciudades volvería a sus comunidades. La gente no sale del campo por gusto: sale porque no le queda más remedio.

A.A.: Dices que la solución a la pobreza finalmente es la democracia. ¿Esta democracia sería la misma democracia en las ciudades y en el campo?

J.C.: Esperemos que así sea. Se

ha dicho, con razón, que en los últimos comicios hubo dos elecciones: una de primer mundo en las ciudades y otra de tercer mundo en el campo. Ha sido así porque en el campo se pueden hacer todos los chanchullos y todas las manipulaciones; es mucho más fácil hacerlos allá. Entonces tenemos que unificar las cosas: que la democracia electoral funcione con los mismos criterios en todo el país.

A.A.: ¿Después de este libro volverás a hacer novelas?

J.C.: Estoy terminando el pequeño libro sobre la experiencia de Tabasco del que les hablaba. Es la descripción de un proceso real, de algo que se hizo, que es viable: procurar que las cosas pequeñas se organicen bien, para que las grandes empiecen a funcionar mejor. Es el testimonio de un proceso que buscó reanimar la vida comunitaria, y creo que logró una excepcional movilización social. Lo voy a terminar muy pronto. (Ese libro, que aparecerá muy pronto, se titula: *La organización de lo pequeño: una estrategia viable*.) También tengo un proyecto a largo plazo, una novela, la historia de una familia española que llega a América en el siglo XVI y que pienso seguir, a lo largo de todas sus generaciones, hasta llegar a nuestros días. ■

FRANÇOIS MITTERRAND Y EL IDEAL SOCIALISTA

DANUBIO TORRES FIERRO



No hay duda de que la historia francesa concederá un lugar de privilegio a François Mitterrand (1916-1996). Pero las razones que habrán de avalar ese reconocimiento no tendrán tanto que ver con la idea de la "grandeur" france-

sa, con su manía de crearse una mitología nacional, con su nostalgia de una vocación imperial, ni siquiera con las abundantes paradojas de un personaje que, en lo privado y en lo público, generó sorpresas y perplejidades. No. Para

Francia, una de las patrias de la disciplina que se conoce como historia de las ideas, la trayectoria política de Mitterrand encarnará, a largo plazo, las dificultades y las contradicciones de ese socialismo de cuño liberal, distinto del "socia-

lismo real" marxista-leninista, que representa, en este siglo, una de las corrientes políticas más arduas de definir y valorar. Es más: el propio y sinuoso itinerario ideológico de Mitterrand, con sus idas y vueltas, con sus avances y sus retrocesos, con una estrategia central que gira permanentemente en torno a las mudanzas, constituye una ilustración literal y pormenorizada de ese desprendimiento del marxismo que se separa de lo que fue el universo soviético sin renunciar por entero, al menos hasta fecha muy tardía en su desarrollo teórico y práctico, al padre fundador y gravitante. ¿Padre fundador y gravitante? La pregunta es pertinente porque muchos textos canónicos aseguran que el marxismo surge, históricamente, del socialismo. Dejemos abierta, por cautela, esta interrogante.

Del otro lado de los Pirineos, Felipe González se inscribe en esta misma perspectiva: su gestión de gobierno enfrentará, acaso de manera más afortunada que la de su par francés —por motivos de coyuntura histórica: el rezago de España era escandaloso—, idénticos dilemas y desafíos. Se trata, en buena medida, de la posibilidad de crear desde este socialismo otra izquierda, una izquierda que se deshaga de una herencia histórica muy compleja y traumática (la que arranca con la revolución francesa y culmina con la liquidación de la URSS) y que, en los últimos treinta años, se empleó en encontrar, a fuerza de realismo político, un lugar propio situado a mitad de camino entre el reformismo de estirpe liberal y la voluntad igualitaria de la socialdemocracia, entre el acuerdo con el egoísmo capitalista y el cobijo social del Estado de bienestar y, por fin, y como consecuencia inevitable, entre las rémoras del legado marxista y la existencia y preservación del Estado de derecho y del régimen democrático que lo fundamenta. Es —en definitiva— una historia que comienza a principios

de siglo, cuando socialismo y marxismo se confunden en un haz de creencias comunes heterogéneas (el blanquismo, el marxismo republicano, el socialismo municipal, la huelga general por parte de los primeros), y que los socialistas franceses y españoles intentarán, a lo largo de sus recientes y extensos periodos de gobierno, deslindar de sus numerosas ramificaciones ideológicas y sintetizar en un programa coherente de acción política. Y unos y otros tendrán como piedra de toque, en sus respectivos itinerarios, la ruptura con el comunismo, es decir con el ideal revolucionario y con la figura del terror que —con su cadena de violencia política y social— le es inherente.

Recordemos un episodio que se ubica en América Latina. En 1972, y en Chile, Salvador Allende llega al poder por medio de unas elecciones democráticas y montado en las espaldas de su Partido Socialista. Fue una experiencia inédita que, como se sabe, habría de terminar en catástrofe. ¿Por qué ocurrió así? Más allá, o más acá, de las perversas agresiones exteriores que padeció por parte de la CIA y de la multinacional ITT y también, cómo no, de las presiones descaradas del régimen cubano y de sus militantes domésticos, la pregunta admite una sola respuesta: la pericia política de Allende —que la poseyó, y que fue mucha— no pudo conciliar lo que, de hecho, era inconciliable. Por un lado, una nostalgia revolucionaria que se ampara en la sed de transformar a la sociedad jerarquizada, y a las estructuras que surgen del industrialismo, con un paso igualitarista (que, con frecuencia, se confunde con el remedio a la injusticia) y que abre camino, a través del Estado, a la autogestión y el corporativismo. Las nacionalizaciones y el proteccionismo son, en este proyecto, unas claves de bóveda que acabarán por exacerbar la dosis de voluntarismo que allí anida. Por otro lado, aquella nostalgia revolu-

cionaria, vuelta realidad actuante por los grupos de inspiración guerrillera, que apelan a la vía armada como método para combatir a la reacción o a la oposición, y que de esa forma acentúan la "política de lo peor", no podrá acomodarse a los consensos que impone un Estado de derecho y forzará una polarización política que exasperará hasta la violencia la defensa de las banderías. Por fin, y de manera no menos decisiva, el elemento utópico (complementario, en el caso, de la nostalgia revolucionaria), que se aferra al cambio casi mágico de lo establecido, al enfrentar a pobres y ricos y humillados y poderosos con una estrategia que atiza las "condiciones objetivas", habrá de traducirse, ante las frustraciones que habilitan las reglas de la legitimidad democrática, en una intentona revolucionaria armada que buscará institucionalizar el terror o en una revuelta moral indignada que sólo será capaz de engendrar impotencia y resentimiento. Hay, además, un añadido a ese cuadro: Allende obtuvo la mayoría relativa de los votos acunado por la Unidad Popular, una coalición de izquierda que —como se ha demostrado históricamente— no pudo resistir las tensiones internas entre los distintos sectores que la componían ya que sus puntos de vista eran incompatibles. Así, y por estas contradicciones de hierro, las virtudes más nobles del socialismo —su afán de redistribución equitativa de las riquezas, su andadura ética, su secreto deseo de convertirse al reformismo político y de desprenderse, en el trámite, de su impaciencia por subvertir de un plumazo el *statu quo*— tropezarán, una y otra vez, y hasta el triste final, con su imposibilidad de volverse crebles y viables. Lo que resultó de ese desencuentro entre la realidad y el deseo alcanzó los vuelos de una guerra casi civil y auspició el surgimiento de una de las dictaduras más despiadadas del continente. Durísima lección.

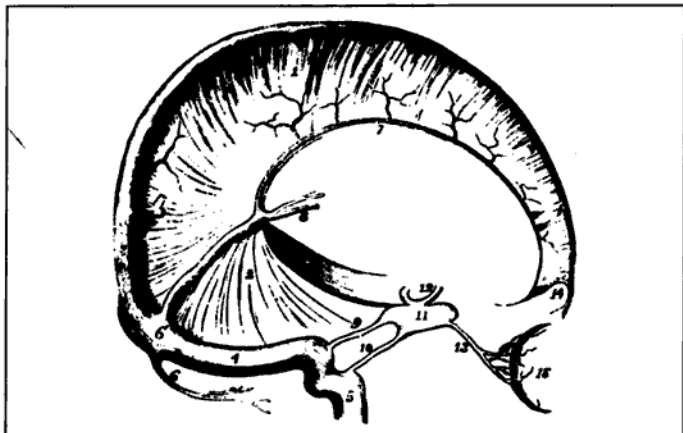
Una lección que, seguramente, no olvidaron ni Mitterrand ni González. No obstante, en uno y en otro, los recuerdos de la enseñanza chilena tardaron en tomar cuerpo. De ahí que, en lo toca a Mitterrand, que es lo que aquí interesa, se pueda comprobar que existe, en sus dos prolongados mandatos, un hiato histórico. Es el que tiene lugar a mediados de 1983. En esa fecha, y luego de romper su alianza con los comunistas y con el Programa Común que lo llevó al poder, y sobre todo después de tomar conciencia de que una gestión maniquea de los problemas sociales y económicos lo alejaba de más en más de las soluciones que reclamaba un mundo de transformaciones dinámicas y de las obligaciones que imponía la construcción de la Comunidad Europea, Mitterrand opta por un cambio de rumbo. Elige, entonces, el rigor económico, y por tanto a Europa, y por tanto —todavía y más fundamentalmente— la renuncia al estatismo invasor y al voluntarismo de índole redentorista y acepta, por último, convertirse en un reformista.

Se trata de un viraje que tiene innumerables consecuencias en la tradición socialista francesa. Allí esas figuras emblemáticas que son, por ejemplo, Jean Jaurès (quien se proclama revolucionario y no reformista y basa su proyecto político en el antagonismo de las clases sociales) y León Blum (quien, en buena parte de su doctrina, defiende el ideal revolucionario y las conquistas proletarias y, a la vez, intenta retraducir a Marx a su manera), unidas en su insistencia de que el socialismo debía oponerse siempre al capitalismo, son de alguna manera decapitadas simbólicamente. O, si así se prefiere, la ortodoxia heredada de ellos —una ortodoxia hecha de racionalismo ético y de progresivo alejamiento del crudo modelo soviético—, es corregida, ensanchada y enriquecida. Tam-

bién se cancela lo que podría llamarse la escatología socialista, esa idea —muy acariaciada por Jaurès— de que el socialismo representa la expresión más acabada de la revolución francesa y que su destino es transformar de cuajo a la sociedad para llegar así a una perfección impoluta. Que Mitterrand pudiera llevar a cabo estas quebraduras significó reconocer su renuncia a un programa político surgido de una interpretación ideológica de la historia, su rechazo a ampararse en un sistema de creencias abstracto y su disposición a adaptarse a las exigencias de los tiempos.

Dicha conversión fue notable. Tuvo el mérito, primero, de probar que la izquierda era capaz de gobernar y de hacerlo con bien aun cuando sus medidas fueran antipopulares. Tuvo el tino, a la vez, y al escoger un camino de reformas paulatinas, de evitar a los franceses la crueldad del neoliberalismo thatcherista, que destruye el tejido social sin reforzar la competitividad. Y, por fin, tuvo la capacidad para promulgar y apoyar la construcción de un horizonte europeo basado en dos vertientes históricas peliagudas para el imaginario francés: la alemana —sobre todo— y la española.

Mitterrand (y con él, y a veces en contra de él, Jacques Delors y Michel Rocard) terminó por aceptar, entonces, que aquel “sano realismo de lo posible” de que hablaba Raymond Aron, sin ser la llave que todo lo abre, es uno de los accesos más sensatos a la racionalidad política. No es descaminado sostener, a estas alturas, y después de lo dicho hasta aquí, que su gestión de gobierno sitúa a la izquierda, a esa izquierda nueva emanada del socialismo, ante los verdaderos desafíos del mundo moderno. Un mundo moderno en el que ya no hay cabida, en el costado derechista, para la nostalgia de las jerarquías, y, en el costado izquierdista, para las añoranzas ideológicas o revolucionarias. Es posible —más: es deseable y necesario— que de esas comprobaciones, y de los problemas que planteen, se erija una izquierda capaz de estar a la altura de las circunstancias. Las recientes movilizaciones sociales de los franceses hablan de que es mucho lo que aún queda por resolverse. Y advierten, que lo hecho por Mitterrand, por abundante que haya sido, no es suficiente. La historia, como el humano deseo, no conoce descanso en sus exigencias... ■



Duramadre y senos craneales

Atril del Melómano
NANCARROW EN LA ACADEMIA DE ARTES

LUIS IGNACIO HELGUERA



A los ochenta y tres años de edad y en condiciones de salud muy quebrantadas, ingresó a la Academia de Artes de México, a fines del año pasado, el compositor norteamericano-mexicano Conlon Nancarrow, representado en la ceremonia oficial por su esposa, Yoko Sugiura Yamamoto, y su hijo.

A los admiradores de su obra, única en la radicalidad y la originalidad de sus propuestas, nos parece obvio que el justo reconocimiento es tardío, tan obvio como desconcertante que siendo candidato al Premio Nacional de Ciencias y Artes, se le haya negado. Desde luego, no son los reconocimientos oficiales la mejor manera de aquilatar el valor y la significación de una obra, así puedan servir para estimularla y difundirla. Pero no deja de ser escandaloso que un compositor reconocido en Estados Unidos y en Europa, y por talentos tan diversos de las tallas de John Cage, György Ligeti, Frank Zappa o Irvine Arditti, como una de las personalidades más asombrosas de la música contemporánea, apenas si sea tomado en consideración en México, país donde vive desde 1940, donde se naturalizó en 1955 y donde ha escrito casi toda su obra. Como ese otro gran solitario, Gerhart Muench (1907-1988), en México Nancarrow ha experimentado el gran beneficio del exiliado artístico, la libertad incondicional para vivir y crear, a la vez que todo el inconveniente: la marginación y el desconocimiento. Ahora bien, asimismo inexacto sería atribuir totalmente esa marginación y ese desco-

nocimiento a sorderas gremiales e institucionales, pues se estaría soslayando un factor fundamental, justamente el carácter tan peculiar de la personalidad y la obra de Conlon Nancarrow (Texarkana, Arkansas, 1912), músico solitario e independiente que ha desarrollado la parte modular de su obra en un medio instrumental *sui generis* y casi exclusivo: la pianola o *player piano*. Desde muy joven, en la década de los treinta, decepcionado por la indiferencia y las deficiencias de los intérpretes ante sus desafíos técnicos, Nancarrow decidió prescindir de ellos, a través de un instrumento que se tocara solo. Una música extremadamente compleja y novedosa que él compusiera en soledad y que se tocara sola, así fuera sólo para él.

Después de estudiar un poco de ingeniería y un mucho de composición, de tocar la trompeta en cervcerías y bares de jazz, ragtime y blues, de enrolarse en la Brigada Militar Abraham Lincoln para combatir en España a Franco, de enfrentar problemas migratorios con el gobierno de los Estados Unidos, en 1940 Nancarrow se instaló en México con sus pianolas, en una casa-estudio de Las Águilas con murales de Juan O'Gorman. Desde entonces, la relación de Nancarrow con el medio musical mexicano fue muy escasa y los pocos intentos que hizo para darse a conocer no prosperaron. Por ejemplo, Rodolfo Halffter —uno de los contados músicos mexicanos interesados en Nancarrow— le encargó una obra, el *Trío para clarinete, fagot y piano*

(1942), que, debido a la insatisfacción del autor con las versiones de los intérpretes, no llegó a tocarse. El propio Halffter, en los años sesenta, organizó un concierto en Bellas Artes con música de Nancarrow, que implicó la mudanza de ida y vuelta de dos de sus pianolas: "Las diez personas que asistieron —recuerda Nancarrow— eran mis amigos y todos con anterioridad habían escuchado mi música en mi casa, así que era verdaderamente ridículo". Treinta años después, otro concierto-homenaje a Nancarrow en Bellas Artes apenas logró llenar la pequeña Sala Ponce. Sin embargo, en 1981, entre burlas y veras, le dijo Nancarrow a Roger Reynolds: "Naturalmente, estoy muy complacido con las reacciones recientes, de hecho no sólo aquí (los Estados Unidos), sino también en Europa... Estoy muy contento con todo esto. Sólo espero que no se extienda hasta México".

Y es que durante varias décadas Nancarrow vivió de traducciones y clases de inglés, entregado por las noches, en la soledad de un estudio oscuro, lleno de recovecos, con mucho de mina de tesoros musicales y de escondite de músico secreto y más parecido a un taller mecánico que a un laboratorio musical, a la creación de sus *Studies for Player Piano*, portentoso *work in progress* que arranca en los años cuarenta y llega a los noventa. Cincuenta y tantos años de residencia mexicana han redituado en poco más de cincuenta *Estudios*, pues además del estricto trabajo compositivo —la invención so-

bre todo contrapuntística, métrica y rítmica—, la sola perforación de los rollos que han de accionar los martinets preparados de la piano- la lleva al compositor de 9 a 10 meses de una labor que conjuga los oficios del inventor, el ingeniero y el artesano. La lentitud del trabajo de taller contrasta abiertamente con la brevedad y la velocidad de los *Estudios*: piezas de corta duración —de uno a seis minutos aproximadamente— que exploran a fondo las posibilidades del *politempo* y ofrecen una concepción inédita de la polifonía basada en superposiciones de voces rítmicas y métricas complejas y de velocidades diferentes —escalofriantes con frecuencia—, intocables para un pianista.

La coherencia del trabajo de Nancarrow también resulta asombrosa cuando se escucha una de sus primeras composiciones, escritas a la edad de 23 años. Ya el *Prelude and Blues* (1935) y la deslumbrante *Toccata for Violin and Player Piano* (1935), como la *Sonatina* para piano

(1941), la *Pieza núm. 1 para pequeña orquesta* (1943) o el *Cuarteto de cuerdas núm. 1* (1945), revelan su avanzada concepción de la música y contienen sus preocupaciones esenciales: el *tempo*, la superposición de estructuras de canon y ostinato, la renovación del discurso y los medios sonoros.

Se ha dicho que Nancarrow es un precursor de la manipulación sonora llevada a cabo a través de los medios electroacústicos, a pesar de lo rudimentario de sus herramientas. Pienso sin embargo que es precisamente ese elemento rudimentario, tradicional y “humano”, el timbre de la pianola, un factor determinante en el impacto emotivo tan especial que crea la audición de esta música, efecto difícilmente conseguible a través de medios electrónicos. Porque a pesar de ser ajena por completo al *pathos* romántico, la música de Nancarrow es emotiva, como lo es la de sus colegas y amigos Henry Cowell, John Cage y otros “experimentalistas”, que quizás sería mejor

llamar inventores, pues como bien decía Stravinsky —una de las influencias más poderosas, por cierto, en Nancarrow, al lado de Bach y Machaut, de la música de África y las músicas negras de Estados Unidos—, “la palabra ‘experimento’ tiene significado en el campo de las ciencias. En la composición musical no quiere decir nada. Ninguna composición musical buena podría ser meramente ‘experimental’; es música o no lo es”.

Basta escuchar, por poner ejemplos, el *Estudio núm. 2*, en que afloran ecos de la improvisación y el sabor del blues y el jazz, el *Estudio núm. 12* (“Español”), especie de pequeña Alhambra para pianola, o el *Estudio núm. 25*, que en su misterioso frenesí de glissandos y arpeggios me transmite ese no sé qué inquietante que se experimenta al subir y bajar por las enloquecidas escaleras de Escher, para convencernos de que Nancarrow no anda detrás de otra cosa que del milenarío fin de la música: la emoción humana. 

UNA PÁGINA INÉDITA

JAIME MORENO VILLARREAL



Casualmente, hace unos días el señor Ocejo se enteró por la prensa de la muerte de Nacho Sevilla, y sólo por eso, para echarle un puño de tierra, se anima a escribir estas líneas. Nacho Sevilla, que tuvo enemigos por montones —era el hombre más rico de su país... pero guardemos todo eso para más adelante—, no pudo soportar la sinceridad de don Justo Ocejo, cuyo juicio estético le creó un mal momento.

Don Justo desea otorgarle ahora, en la hora de su tránsito, una prueba de paz, aunque vaya envuelta en una nueva impostura.

Justo Ocejo ha sido toda su vida un *factotum*, y ahora ejecuta sus memorias. Según me cuenta en el amable retiro de su estudio, aquel viaje a Nicaragua debía consistir en pasar agradablemente unos días, conocer un poco, opinar amistosamente, ayudar marginalmente

y luego tomar el avión de vuelta con la boba satisfacción de traer, como novedad en el pasaporte, los sellos de entrada y salida.

A mí, en lo personal, hacer esta faena me llena de vergüenza. Pero no tengo alternativa. En estos tiempos en que no hallo quién se interese en publicar algo que lleve mi nombre, siempre brota al mar de tinta el manuscrito de un político, el telefonema de una venerable ac-

triz, el contrato editorial de una estrella del deporte, personajes todos que quieren dejar al mundo una página o un libro entero, y cuyas proezas liman la grisura de mi prosa.

Paso a mi trabajo. ¿Qué hacía Justo Ocejo como integrante del jurado internacional que debía otorgar el Premio Centroamericano de Pintura? Es decir, ¿de qué director de departamento de Bellas Artes era amigo, quién lo envió en su representación, quién le extendió credenciales de crítico de arte? Lo único plausible es que "así se hace mundo" —a cada rato lo dice—, y las memorias de Justo Ocejo, según acordamos, serán las de "un servidor público, un intelectual y un humanista, que hizo mundo".

Aquella noche, llegué a la residencia de Nacho Sevilla como parte de la comitiva. Mi propósito era meramente cenar y retirarme. Como sucede en ocasiones en que uno viaja en grupo, no sabía yo exactamente a dónde íbamos ni quién era el anfitrión. El fallo se daría al día siguiente y, por falta de acuerdo entre el jurado, con toda seguridad el Premio sería declarado desierto. El auto en que viajaba traspuso un enorme portón, avanzó por un sendero breve hasta una glorieta, y me depositó frente a la puerta de la residencia.

—Don Justo Ocejo, de México, gran amigo del arte —así se me presentó con el dueño de la casa.

El ambiente era tenso. Los organizadores estaban al tanto de la situación: si esa noche no mediaba un verdadero golpe de diplomacia, el Premio Centroamericano de Pintura se hundiría. En un aparte, a la hora de servirnos unos tragos en la amplia terraza junto a la alberca, Nacho Sevilla me abordó, molesto: —¿Conque el arte centroamericano no da para un Premio?

—Hombre, amigo mío —le respondí—, he visto obra muy interesante, hay talento de sobra, pero desafortunadamente el jurado no coincidió, y consideramos que

nuestra determinación deberá servir de acicate a los artistas. ¿Por qué no acumular el monto ofrecido para una próxima edición?

En sus recuerdos del trato con personajes renombrados, don Justo Ocejo arroja siempre propuestas por el estilo; le dan estatura y lo hacen aparecer bien librado. Cualquiera sabe, por lo demás, que un buen premio de arte acicatea más bien a los compradores y eleva las estimaciones en el mercado, y que el triunfo certifica la inversión. Nacho Sevilla, quien evidentemente había puesto dinero en el asunto, debió ver el prestigio del Premio evaporarse.

Aquí le hago un sitio a la descripción que don Justo preparó de su anfitrión y que quiere permanecer tal cual en el libro.

Como he dicho, Nacho era el hombre más rico de su país. Tenía alrededor de cuarenta años. Hombre alto y de buen porte, de piel nivea enrojada por el solazo y amplia frente despejada, lucía un grave prognatismo mayestático evocando, qué duda cabe, el estigma de los Austrias, prognatismo que él disimulaba o acentuaba según los movimientos de la cabeza, al acariciarse la piocha. Aquí recorto y paso al vergonzoso asunto.

Nacho me puso una mano sobre el hombro y me invitó a entrar a su casa. El resto de los invitados permaneció afuera, disfrutando de los bocadillos en torno a la alberca que arrojaba, para admiración de todos, una cortinilla de lluvia artificial sobre sí misma. Adentro, sobre los altos muros de la sala, había una colección de arte en la que reconocí algunas de las firmas que habíamos examinado horas atrás en las deliberaciones. Ahí un Camacho de opulentas formas; un Félix Pérez, joya de los primeros abstractos guatemaltecos; tres o cuatro obras de gran colorido expresionista del costarricense Gómez Castillo. La pieza favorecida encima del sofá era un tríptico de Ernesto Isunza, el pintor

salvadoreño a quien tanto me opuse que se le otorgara el Premio, y que efectivamente había vislumbrado, como yo, la semejanza de Nacho Sevilla con los Felipes, pues lo había retratado, en recreación velazquiana, rodeado del cortejo de sus amistades. Sólo me faltaba apreciar, enmarcado en hoja de oro sobre la chimenea, el *chef d'oeuvre* de la colección, el óleo "Daniel y los leones", también de Ernesto Isunza, alegoría del aislamiento en que el mundo tenía sumida a Centroamérica, obra que había obtenido un premio de pintura en Palermo.

—Así que ni siquiera el Premio de Palermo es merecedor del Premio Centroamericano —me reprochó Nacho Sevilla, resonante en sus paredes. Pude percatarme de que alguien, entre el jurado, le había manifestado mi personal oposición a la pintura de Isunza ("que me pareció de calendario de cerveza", frase que me pidió don Justo que suprimiera). —¿No habrá voluntad —continuó Nacho Sevilla— para que, como gesto de amistad entre nuestros países, el jurado revise un fallo que a nadie beneficia?

Hasta aquí, o no mucho más lejos, llega la anécdota. Don Justo me pidió que me ahorrara la mejor parte del relato. Me exigió terminantemente que la pasara por alto, pues no debe formar parte del libro en el que sólo se mencionará, como remate, la reconsideración del sentido del Premio que el jurado hizo aquella noche junto a la alberca, en un ambiente de sana camaradería. Lo que sigue sólo me servirá para llenar, como escritor, una página inédita.

Luego del intercambio que han sostenido en la sala, Nacho Sevilla invita a Justo a pasear por el jardín de la residencia y a conocer su zoológico particular. Mantiene alrededor de 170 animales en jaulas, aviarios y encierros. Alumbrados escasamente por las linternas del jardín, cruzan los dos junto a las

oscuras alambradas que guardan decenas de aves tropicales sólo entrevistas a la hora de su sueño, venados y antílopes atentos que husmean el aire, un puma apático echado como sombra en una rama de árbol, inquietas cabras monteses y alpacas, armadillos y un tigrillo perdido entre las lajas. La única sección plenamente iluminada es la vieja cancha de tenis cercana con malla ciclónica, que Nacho Sevilla ha cedido a los correcaminos, incapaces de volar pero que, instantáneos, de una a otra punta de la arcilla sostienen un insomne partido. Lejos, hacia la casa, se escucha rumorosa la animación de los invitados.

—Pase, le quiero mostrar —el anfitrión invita a Justo a internarse tras una pesada puerta de metal, que luego de trasponer él vuelve a atrancar. Enciende un sistema de alumbrado neón que marca el camino de un pasillo blanco, que es más bien una crujía en cuyo extremo se incrusta otra jaula, de donde proviene una fetidez —y aquí uso una palabra de don Justo— estomagante.

Tras los barrotes dormita una pareja de leones africanos. Nacho Sevilla abre el candado con una llave que devuelve al pantalón, y destrenza la cadena de acero. Como si entrara a un baño descifrándose

la toalla, adelgaza un par de pasos dentro y se sienta sobre un escalón de concreto entre las cabezas de las fieras. Aún modorros, los leones bostezan y resoplan. La puerta ha quedado entornada.

—Pase, señor Ocejó, no tenga cuidado, están hartos de comer.

Que un león recién comido ya no vaya a comer, nos parece un contrasentido a don Justo y a mí. Aquí no me quedó muy claro si el invitado entró a la jaula. Quizá ni siquiera dio un paso atrás, ni se atrevió a cerrar la puerta, que es lo primero que debería haber hecho. Entretanto, eso sí, lo que debió ser un intenso lapso con aquel hombre que acariciaba portentosamente las dos cabezas ahitas, jugueteando con los hocicos.

—Entonces, señor, usted cree que he gastado mi dinero en puras pendejadas.

Justo Ocejó sintió que su alma se despedía. Intentó explicar que su opinión era sólo una entre tantas, que él no era especialista, que estaba ahí también para aprender, que desconocía la situación del mercado centroamericano, que había que hacer un estudio serio porque quizá se trataba, por qué no, de una buena inversión. Seguramente todo esto, si lo llegó a decir, lo diría temblando.

Ignacio Sevilla ni siquiera lo miraba. Su vista taladraba el muro

interior, pringado y roído por los círculos de los felinos, por la humedad y el roce de la carroña. Miraba como sólo puede mirar quien vuelve cada día sobre el mismo cuadro. Estaba alterado, hecho una fibra al borde de la cólera, a punto de dictar la criminal orden a sus gatos, cuyos hocicos meneaba y abría descomedidamente con los dedos. Justo se sabía perdido. La puerta de la crujía, inalcanzable, había quedado veinte metros atrás perfectamente cerrada. Si no lo inmolaban ahí las tarascadas, haciéndole explotar las vísceras, caería antes en la carrera, derrengado sobre las baldosas blancas del pasillo. Justo Ocejó, desde lo más hondo de su memoria, pidió en ese momento perdón, pero nadie lo escuchó.

Regresó caminando por el sendero del jardín y se reunió con el resto del jurado y los demás invitados. Ahí se determinaba ya, de común acuerdo y en ambiente cordial, conciliar los puntos de vista y cómo había de resolver el jurado. A la hora de la cena se ofreció una disculpa de parte del anfitrión, que se había retirado ya a descansar. Sólo hasta el amanecer, luego de que un mozo lo fue a sacar de la jaula donde pasó la noche abrazado a sus mascotas, lejos de la gente que tanto mal le hizo, Nacho Sevilla se enteró del fallo. ▀

HACE CINCUENTA AÑOS

ALFONSO REYES: UN SENDERO SEMBRADO DE CASTIGO

GUILLERMO SHERIDAN



Hace poco más de cincuenta años, el 5 de septiembre de 1945, Alfonso Reyes escribe en su diario: "Enrique González Martínez me dijo muy confidencialmente, que el Premio

Nacional de Literatura era ya mío. Se sabrá, en unos días". Semanas más tarde, anota:

México, 27 de septiembre 1945. Jueves. Hoy hacia las 7 p.m. me fue

concedido el Premio Nacional de Literatura que por primera vez se adjudica, por mi obra *La crítica en la edad ateniense*. Comisión: Torres Bodet, Alejandro Quijano y Torri

(Academia); Dávila Garibi y López Portillo; González Martínez y Vasconcelos (Colegio Nacional).

Una semana después, siempre abrumado por los problemas de dinero, y enterado de que al premio lo acompañaba un cheque por veinte mil pesos, agrega: "Me parece que ni en dos meses más lograré que se me pague el tal premio", y luego registra la comida que le organiza el Pen Club para celebrarlo. El premio se entrega finalmente el jueves 20 de diciembre en lo que le parece a Reyes un "acto muy conmovedor". En el número 1 del décimo volumen de Abside, revista de cultura mexicana, dirigida por el Dr. Gabriel Méndez Plancarte, se da cuenta de la ceremonia en la que Reyes, luego de las cortesías, dijo:

...No puedo defenderme de cierto extraño sentimiento, que al par me conforta y me anonada. Consagré mis escasas fuerzas a los desem-

peños del servicio exterior y al cultivo de las tareas de la pluma. Me hubiera yo dado por satisfecho con que alguna vez, hojeando distraídamente las páginas de uno de mis libros, un joven pudiera exclamar: "Entre las crisis interiores y las turbulencias exteriores de su época, que tanto borran y perturban los contornos del bien y el mal, este humilde señor supo amar a su país y supo ser fiel a su vocación. Olvidemos sus errores e imitémoslo en eso".

Pero al recibir, en mis días, y aunque sea por manera de delegación, una honra tan agobiadora, parece que desequilibra, en mi mente, a la vez el sentido de las proporciones y el sentido del tiempo. Me traslado al pretérito y casi con culpable amargura evoco las sombras de tantos ilustres varones como han nacido en nuestra tierra, cuyo único patrimonio fue la indi-

ferencia benévola de sus contemporáneos y que pudieron repetir con el filósofo: "Escribir es llorar". Me traslado al futuro, y con impaciente desazón, quisiera, en este acto mismo, dejar una promesa, refrendada por los poderes de la nación, promesa que desde aquí sirva de estímulo y de anticipado consuelo a tantos jóvenes que, vencidos de un afán más alto y más imperioso que el de los pequeños halagos diarios, se dispongan a entrar en este sacerdocio de la palabra, cuyo sendero está sembrado de castigos intelectuales, éticos y estéticos, pero cuyas alegrías pertenecen al cielo platónico de los bienes perfectos. Y así, algo sobrecogido de emoción, con la vista que va y viene entre estos dos infinitos del recuerdo y de la esperanza, os doy las gracias. 

Buzón de Fantasmas DE LOUIS PANABIÈRE



En diciembre del año pasado, junto a su María Dolores, en su casa de Perpignan, nuestro querido amigo el escritor Louis Panabièrre, cambió inesperadamente de costumbres. Louis aplicó su inteligencia, durante su vida académica en Francia y México, al desentrañamiento analítico de nuestra cultura moderna. A contrapelo del sentimentalismo exportable y con íntegra curiosidad, Panabièrre eligió como cifra de esa cultura al obtuso Jorge Cuesta, al que hizo protagonizar su principal trabajo. Itinerario de una disidencia (México, FCE, 1983), "un ensayo cuyo fin es establecer un estatuto funcional para el intelectual y el estado en el México

actual", en palabras de su traductor Adolfo Castañón.

Como funcionario cultural de su país en México, Panabièrre fue un intermediario lúcido y sagaz entre ambas culturas; como amigo, dictó cátedra de esa ardua virtud, "delicia y orgullo de las mentes nobles". Hace cinco años, Louis mandó esta carta, síntesis de sus intereses y aficiones, a un amigo mexicano.

G.S.

Le Boulou, 8 de diciembre 90.

¡Qué gusto recibir tu carta! Y más aún con la coincidencia de que estaban aquí Carmen y Álvaro y

hablamos mucho de los amigos de ultratumba, o sea de ultramar. Tu carta es una obra maestra y me enorgullezco (forma verbal tan fea del signifiante como del significado) de tener el original. Cuando haya por aquí una "Capilla Luisina" guardada por el angelito borracho que es mi ex-libris, los investigadores eruditos van a encontrar joyas de amistad y literatura... Siento que te estás acercando, a pesar de tu amargura apasionada, a la necesidad de recurrir al único filósofo aceptable: Diógenes. Y pronto entrarás con nosotros al partido de los perros. Eso pasa cuando el cinismo no es una más-

cara, sino una convicción. Entonces, cuando "Cabeza sangrienta de borrego, el corazón perdió toda su lana", llegas a la serenidad.

Aquí el invierno tiene su encanto helado de luz almidonada, transparentemente quebradiza. Yo sigo dando algunas conferencias y clases, escribiendo artículos y un libro, que nunca terminaré, sobre el Mexicano como Narciso desenfocado. Huyó de la erudición, con la paradoja de hacer citas eruditas: "El apetito de algunos espíritus ha trastornado el estómago de los hombres". Ni modo, el intelectual estará destinado a morderse la cola, en vez de utilizarla para juegos

más cercanos a lo absoluto? Acaba de salir una pequeña antología de literatura mexicana que hice para *L'Ordinaire du Mexicaniste*. Terminé un largo artículo sobre la continuidad que hay entre el muralismo mexicano y la generación siguiente y estoy metido ahora en una apasionante (para mí) investigación sobre "El Caribe, mediterráneo de las Américas". Ulises debe existir para esos mares vuestros. No es suficiente el de Vasconcelos. Yo estoy persuadido de que tu generación debe revelarnos un verdadero héroe clásico. Si Homero es el clasicismo claro de nuestro mar, allá deberá aparecer, maduro

ya, lo que me atrevo a llamar un clasicismo misterioso del nuevo mediterráneo. Así, tengo la impresión de dar un paso más con el impulso de Cuesta. En fin, ahí te van mis delirios en un sábado blanco, frente al monte nevado, frente a una ventana que conocerás pronto. Yo estoy feliz: camino mucho, hago Tai Chi y he aprendido muy bien la lección del cardenal de Retz: *Il faut savoir s'ennuyer*. Aburrirse, la mejor de las ciencias. No hay nostalgia, ni del primero, ni del tercero, ni del mejor de los mundos, ni del peor....

LOUIS

MANOJO DE HOJAS FRESCAS

SEGOVIA, TURRENT, SARMIENTO, WOLDENBERG, REYES HEROLES



En el ensayo sobre la vegetación peridística que cubre a la Selva Lacandona, Octavio Paz señala cuatro artículos que se distinguen del resto de los publicados en la prensa mexicana: los de Rafael Segovia, Isabel Turrent, Sergio Sarmiento, José Woldenberg y Federico Reyes Heróles. Publicamos en estas páginas fragmentos de esos artículos.

LA ÚLTIMA APUESTA RAFAEL SEGOVIA

Parece una obsesión de la izquierda detestar a los partidos políticos, ver en ellos un obstáculo para el triunfo de sus metas y de sus ideas, no aceptar ninguna de sus decisiones. Los jefes históricos de la izquierda mexicana, comunista o liberal, vivieron siempre enfrentados con los partidos que los sostenían y con algunas reticencias les obedecían.

Los líderes de hoy andan en las mismas, como se puede ver aun en el comportamiento de Cuauhtémoc Cárdenas, incapaz de escarmentar a pesar de los desastres originados en su antipatía por el PRD.

El ideal de estos líderes es el Frente. Así con mayúscula. El modelo es tercermundista, africano o asiático. Incluye siempre otros dos términos, nacional y de liberación. Estas organizaciones, tan pronto como ganaron las guerras de independencia, se convirtieron en dictaduras despiadadas con máscara revolucionaria, sometieron a los países recién librados a los caprichos de los jefes, al saqueo más brutal de acuerdo con las antiguas metrópolis y una corrupción ilimitada. Para lograr todo esto fue necesario eliminar previamente cualquier forma de libertad o democracia.

Se mantienen los frentes porque

en ellos no hay una estructura precisa ni mayor elaboración ideológica. Monotématicos, difusos y equívocos, los frentes no necesitan explicar adónde van; la multiplicidad de grupos y organizaciones, la pretendida pluralidad social que en ello se encuentra obliga y permite el discurso abstracto, las metas imprecisas y el olvido del interlocutor. Pero ante todo pueden proporcionar un apoyo y una obediencia casi ciegos porque, pese a su retórica, no se orientan hacia el pueblo o una clase determinada, sino siempre hacia los marginados. Fue el caso durante las luchas anticoloniales, cuando los movimientos previos, elitistas por su composición y su ideología —los primeros en rebelarse fueron los profesionistas y los intelectuales— fueron aplastados sin piedad por el frente triunfante, incapaz de aceptar a nadie que no fuera él mismo. Y

después, se negó a tratar con una mitad de sí mismo. Ese es el caso de Argelia, el más espectacular en estos momentos. Fue y sigue siendo el caso de todos los países salidos del proceso de descolonización.

México no está para Frentes. La diversidad social no puede tolerar una organización de ese tipo. No que la vaya a suprimir por medio de un decreto o de un acto autoritario cualquiera, sino que morirá de inanición, de aburrimiento y de olvido.

(REFORMA, 7/1/96)

MARCOS: LENINISTA ENMASCARADO

ISABEL TURRENT

El reciente comunicado clarifica contundentemente que el manejo de la palabra democracia es otra máscara de Marcos que en realidad nos propone lo opuesto a la democracia en el nombre de la democracia.

En primer lugar, el comunicado nos informa —breve y convenientemente, en medio de un mar de palabrería— que el EZLN “no desparece como fuerza armada” (*La Jornada*, 2 enero 1996, p.10). El anuncio priva de entrada al Frente de cualquier papel eficaz y legítimo en la transición democrática. En segundo lugar despliega un desprecio leninista hacia la democracia: el Frente del EZLN no será un partido. Léase, que no se someterá a la indignidad de las urnas para saber qué piensa realmente la ciudadanía de sus iniciativas. Marcos sabe sin necesidad de votos cuáles son las necesidades y anhelos del pueblo y nos hará felices a la fuerza.

Es bueno recordar al “demócrata subcomandante”, que la democracia necesita la existencia de esos partidos que tanto desprecia, que la posibilidad de su alternancia en el poder es precisamente el límite que el PRI no ha tenido y que explica la persistencia de los abusos de poder

y corrupción. La posibilidad de perder el poder no sólo vacuna a los partidos contra la tentación autoritaria sino que asegura que los que detentan el poder cuidarán la manera de que un político —y Marcos lo es— sea responsable frente a la ciudadanía; es someterse al juicio de los votantes. Sólo así puede garantizarse que el que mande, mande obedeciendo y que obedezca, no los dictados confusos de un movimiento inasible, sino las demandas legítimas de la ciudadanía.

(REFORMA, 7/1/96)

DEMOCRACIA SIN ELECCIONES

SERGIO SARMIENTO

A nadie sorprende que el subcomandante Marcos busque crear una nueva organización política independiente del PRD, que es el partido más afín a la ideología que él promueve. Después de todo, hay muchos perredistas que creen firmemente en el camino de las urnas para establecer o un sistema socialista o una democracia social similar a la que existe en algunos países europeos.

Si Marcos quisiera aprovechar al mayor partido de izquierda en el país para lanzar su proyecto político, tendría primero que conseguir el respaldo de sus militantes. Y debido a que el PRD mantiene un régimen democrático electoral en lo interno, no habría ninguna certidumbre de que la visión del subcomandante se impusiera a la de otros perredistas.

Tampoco quiere correr el riesgo de que los mexicanos, en las urnas, rechacen la propuesta que hace a la sociedad. De ahí su desprecio por el sufragio. El dirigente neozapatista no quiere dar oportunidad a los votantes de escoger un camino distinto al que él considera el mejor para el pueblo.

Quizá como consecuencia de este rechazo a las urnas, Marcos plan-

tea que ni él ni sus seguidores aspirarán a cargos públicos o puestos de elección. Su intención aparente es convertirse en un poder detrás del trono: dictar los términos en que debe desarrollarse el país, pero sin la responsabilidad de algún cargo visible. En esto se distingue de Hitler y de Stalin, quienes además del poder buscaron el culto a la personalidad que proviene de ocupar el cargo de mayor responsabilidad en un país. Pero eso no significa que no pueda haber autoritarismo ejercido detrás del trono: el ayatola Jomeini, por mencionar un ejemplo, hizo precisamente eso cuando gobernó Irán sin ningún cargo oficial.

Los políticos le han hecho mucho daño a México, de eso no cabe duda. Pero al menos en una democracia la posibilidad de expulsarlos del poder a través de la votación representa una forma de control. De ahí la importancia de lograr una reforma electoral definitiva.

Pero lo que nos ofrece el subcomandante Marcos no tiene nada que ver con la democracia. El dirigente neozapatista plantea que el país debe ser dirigido por un grupo de presión que manipulará como títeres a quienes ocupan puestos de elección popular. Nos ofrece un retorno al autoritarismo más puro, al fundamentalismo más estricto, sin darle al ciudadano que pudiera discrepar con él la posibilidad de recurrir a las urnas. Y además tiene el descaro de llamar a este sistema “democracia”.

(REFORMA, 3/1/96)

LA CUARTA DECLARACIÓN DE LA SELVA LACANDONA

JOSÉ WOLDENBERG

La Cuarta Declaración de la Selva Lacandona puede verse como un eslabón relevante en el complejo proceso de reconversión hacia la política del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, pero pone en evidencia también una serie de

ideas torales que dificultan la transición cabal del EZLN a los códigos democráticos.

Lo primero no debe minusvaluarse de ninguna manera. Se trata ni más ni menos de la eventual ruta que deberá llevar a una organización armada hacia el puerto de una política cívica, abierta.

El EZLN sigue filtrando el conflicto político y social de México como si se tratara de una guerra. Quienes gobiernen, a decir del EZLN, son "terroristas", venden "las riquezas de la gran nación", son "neo-conquistadores de los indígenas", etcétera. No se trata de mexicanos con un diagnóstico y unas recetas para el país —por supuesto con intereses que están en confrontación con otros—, sino de una especie de fuerza antinacional con la que hay que acabar. Es precisamente ese tipo de diagnósticos los que por desgracia no sólo ponen en pie la más simple demagogia ("nuestra lucha es por el hambre, y el mal gobierno regala plomo y papel a los estómagos de nuestros hijos", o cualquier otra de las frases que inauguran el documento), sino que deriva en una idea de la acción política marcada por los códigos y el lenguaje de la guerra que luego, por supuesto, se traduce en acciones de guerra. ¿Qué sucedería si la representación gubernamental utilizara un lenguaje similar contra el EZLN?

Es esta fraseología —"estamos en medio de una gran guerra que ha sacudido al México..."—, la que impide todavía al EZLN ser plenamente coadyuvante de lo que por otra parte dice querer ayudar a construir: "una nueva sociedad plural, tolerante, incluyente, democrática..."

Por ello no puede asimilar una idea como la de "transición democrática pactada" y propone como antagónica a esa una noción más bien vaga e inasible de "transición

democrática" a secas. Como si con un exorcismo del lenguaje fuera posible desaparecer a los actores e intereses que no le gustan.

Pero quizá sea demasiado pedir. Quienes se organizan como ejército es porque creen que viven una guerra, la creen conveniente y piensan que pueden triunfar y refundar al país y a sus instituciones. Hoy esa línea empieza a modificarse pero el lenguaje y las metáforas tienen vida propia y no desaparecen por encanto. Habrá que esperar.

(LA JORNADA, 6/II/96)

BIENVENIDOS A LA REALIDAD

FEDERICO REYES HERÓLES

La propuesta reboza de contrahechuras. Una fuerza política "que lucha por la democracia en todo y no sólo en lo electoral". Queda la pregunta: ¿también lo electoral o sin lo electoral? "Una fuerza política que lucha por un nuevo constituyente y una nueva constitución". Se puede luchar por una nueva constitución dentro de la propia constitución o se piensa luchar por esa nueva constitución por fuera de la vigente. La diferencia no es menor. Lo primero supone la aparición de una oposición radical dentro de la legalidad, mientras que lo segundo sería la ratificación del carácter subversivo que ningún orden constitucional acepta. La confusión crece cuando nos enteramos de que "...el EZ participará directamente en la formación del Frente Zapatista de Liberación Nacional". Pero esta nueva fuerza política deberá formar parte de "un amplio Movimiento opositor, para la Liberación Nacional..." Es decir el Frente nace "con base en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional" (brazo armado) y el Frente se

incorpora al movimiento "...como lugar de acción política ciudadana donde confluyen otras fuerzas políticas de oposición independientes". Queda claro que a la dirigencia del EZ y a Marcos se le da mucho mejor la poesía que las propuestas de organización política, que resultan ininteligibles. En plena era de la decadencia en la matriculación a los sindicatos y organizaciones de clase, en pleno decaimiento de la militancia en los partidos políticos, desde la selva Lacandona se lanza una convocatoria que recuerda las múltiples mociones políticas de finales de los sesenta y principios de los setenta.

El problema está allí justamente, en que el movimiento armado que sorprendió al mundo por su hábil manejo de los medios y por su capacidad para innovar el lenguaje simbólico, no puede convertirse en un interlocutor político real si no accede a una lógica mínima de acuerdo en lo esencial. No se puede pretender crear una "fuerza política que pueda organizar los problemas colectivos que sin la intervención de los partidos políticos y del gobierno..." pero que, a la vez, "no aspire a la toma del poder". El discurso zapatista, una vez más, entra en crisis...

Sin embargo soy optimista. Hace dos años pretendían derrocar al gobierno de la república, hoy implícitamente reconocen su legitimidad...

El discurso zapatista evoluciona lentamente hacia los cauces institucionales.

Pareciera que la propia lógica de la negociación política los lleva a una racionalidad que sea compatible con la del resto de los mexicanos... En ese sentido lo único que queda es felicitarlos y darles una bienvenida a la realidad, con minúscula. 

(REFORMA, 9/II/96)

REALIDADES INCÓMODAS

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO



El tema de la moral y la política es de los que no se agotan, dejan de discutirse sólo por aburrimiento y se agitan de nuevo cada tanto, con ocasión de cualquier escándalo. Pero no suele llegar la cosa más allá del lugar común, y pocas veces encuentra discutidores de la inteligencia y mesura de Rafael Rojas y Ernesto Hernández Busto; sus reseñas de mi libro *El principito o Al político del porvenir* (excesivas sólo por su generosidad), publicadas aquí mismo el mes pasado, invitan a seguir hablando del asunto.

La dificultad radical de la discusión estriba en que no puede decidirse de manera cierta y definitiva el terreno en que debe plantearse. Si uno juzgase a los políticos, por ejemplo, desde el punto de vista de un asceta o un místico, sería condenable casi todo lo que hacen, aunque no fuese más que por la necesidad en que están de vivir en el mundo; pero si se les juzgase desde el punto de vista de un honrado burgués, es casi seguro que saldrían mal parados, porque no es difícil que se piense que son parásitos. Son puntos de vista parciales, interesados y miopes, ya lo sé; el problema es que, según parece, todos lo son.

Con todo, la complicación es afortunada, si se piensa con calma. Esa confusión, esa indefinición, esa incapacidad para encontrar un único punto de vista correcto dice, por sí misma, que el problema es radicalmente moderno; que los términos en que lo vemos y lo discutimos son característicos de una sociedad compleja, quebrada, falta de esa cohesión y esa unidad espi-

ritual que imaginamos en el orden tradicional.

Si se discute tanto, sin embargo, con tanto acaloramiento, es porque esa misma complejidad resulta incómoda; peor, resulta amenazadora. La enredosa trama de la vida moderna, la precariedad, el riesgo, la incertidumbre que lleva consigo provocan miedo. Y el miedo, como decía Montaigne, es una pasión peligrosa y que tiende a nublar el entendimiento. El miedo empuja a la gente a buscar explicaciones ciertas, a buscar refugio en algo —lo que sea— sólido, inequívoco, simple; sobre todo simple. Tan simple como la invención de un chivo expiatorio, tan simple como la distinción de los buenos y los malos.

Por una fantasía que acaso convendría estudiar, la sociedad suele hacerse una imagen desmesurada de lo que pueden sus políticos, del bien y del daño que son capaces de hacer. Los pone en el centro, los hace responsables de casi todo de tal manera que basta, para entender cuanto ocurre, con saber si son “buenos” o “malos”. Y por eso se vuelve tan grave, tan irritante, tan apasionada la discusión de la moral y la política. Por eso también se torna tan resbaladiza y, a veces, estólida.

Los términos de la discusión son, pues, modernos, y lo son, para empezar, porque sólo en una sociedad secularizada puede ser motivo de controversia la índole moral del gobierno. Y no es algo fácil de aceptar, por cierto. De hecho, en la exigencia de moralidad, en la búsqueda de un juicio cierto y definitivo, en la desmesura de pedir a los

políticos que digan la Verdad, que impongan la Justicia, que sirvan con desinterés al Bien Común, se manifiesta la necesidad de alguna justificación trascendente del poder político.

No la hay, sin embargo. Ninguna Verdad encarna en nuestros gobernantes ni garantiza su justicia; de modo que, si estamos obligados a obedecerlos, con todo rigor, estamos también obligados a no creer en ellos. Porque la fe, la devoción, pueden ser más perjudiciales que la desobediencia.

La situación, otra vez, es incómoda. Por eso resurge, con tanta frecuencia y con un fervor religioso, el empeño de imponer el reino de la Virtud, cualquiera que sea su forma o su denominación; se trata siempre, en alguna medida, de la nostalgia del orden sagrado, la nostalgia de la tribu. Que los políticos no sean tan sólo hombres: ambiciosos, oportunistas, interesados, hipócritas, como todos; que sean algo más, otra cosa. Es moderna también la discusión porque la posición de los individuos que juzgan a los políticos tampoco es simple. Tienen que defender sus intereses particulares, tienen que juzgar la actuación de los políticos a partir de sus intereses particulares, porque de otro modo sería imposible la operación de un régimen representativo; pero también tienen que transmutarse en ciudadanos para defender intereses generalizables. Y es difícil, a veces, y a veces ridículamente fácil saber hasta dónde la denuncia moral —en nombre del Bien Común— es apenas un disfraz

de juicios más mezquinos, más interesados.

La complejidad de las sociedades modernas, de la que esto es apenas un bosquejo parcial y apresurado, es además lo que hace necesarios —indispensables— a los políticos profesionales. Contra lo que puede querer la ingenuidad de cualquier radicalismo (que en esto se parecen mucho todos), los conflictos sociales no se disuelven por las buenas; mucho menos los de nuestras sociedades finiseculares. Por eso son necesarios los políticos y están obligados éstos a ordenar las disputas, a imaginar arreglos, a fabricar conflictos manejables para procesar los que son inmanejables, están obligados a prometer futuros en que todos quepan y a acomodar el turbión de la vida social con la intratable formalidad del Estado.

La política es, por eso, un oficio, y uno con exigencias rigurosas y apremiantes que tocan a los fines y a los medios para conseguirlos. Cumple muy mal con su tarea, co-

mo político, quien sólo sabe defender la eficacia de lo que hace para concluir que no podría haberse hecho otra cosa; pero cumple igualmente mal con su tarea, como crítico, quien no hace más que perorar sobre la belleza de lo que sería deseable, para descartar como innoble cualquier transigencia con la realidad. Entre unos y otros, políticos incompetentes y críticos que no lo son menos, se trama el desconcertado diálogo de sordos en que suele concluir la discusión sobre la moral y la política.

La práctica de la política requiere ambición, requiere también, con frecuencia, astucia, hipocresía, oportunismo, disimulo; reconocerlo no equivale a establecer que sean, sin más, virtudes. Sí, seguramente, a aceptar, como dice Hernández Busto, que los métodos y propensiones del déspota florecen con parecido vigor en las repúblicas, y que eso no tiene buen remedio. También, desde luego, ayuda a entender que si los fines que un po-

lítico propone son opinables, también lo son los medios, pero que no conviene confundir ambas cosas, y que, si es necesario argumentar sobre la Justicia, es también necesario argumentar sobre la eficacia y no esquivar la discusión cambiando de tema.

Si tratamos de las prácticas políticas y alguien alega que para ganar una elección o arreglar un pleito o consolidar un gobierno hacen falta estas o aquellas astucias, hipocresías y artimañas, es completamente inútil y hasta frívolo replicar que eso es "malo". Lo que convendría sería que se alegase sobre los otros recursos con que se conseguiría, de mejor modo, lo mismo. Así tendríamos un debate fructífero, provechoso, que conduciría a alguna parte; de otra manera, no queda sino imaginar lo hermoso que sería el mundo si nuestros políticos fuesen otros, si la política no fuese necesaria, si fuese la gente desinteresada y generosa, si —finalmente— este mundo no fuese el que es. ■